

llamas del infierno por toda una eternidad? Seamos prudentes; no aventuremos lo eterno, lo sólido, lo hermoso, por lo temporal, lo transitorio y abominable; no seamos crueles para con nosotros mismos; no condenemos nuestros cuerpos al suplicio, al llanto, al crujir de dientes, á los fuegos sin fin. Salvémoslos del infortunio mayor que puede acaecerles, mortificándolos en esta cortísima vida, para que en la otra ciñan nuestras sienas las coronas de la dichosa inmortalidad. Que deseo á todos. Amen.

SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

*Crescite et multiplicamini et replete
terram...*

Creced y multiplicaos, y llenad la
tierra...

(GENES., cap. 1, vers. 28.)

Cuando el hombre se empeña en abusar, no hay objeto alguno visible ó invisible que no sea revestido por su frenética imaginacion con colores degradantes. Los más bellos y puros manantiales de grandeza y de saber, son trasformados por su tórvida mano en ciénagas inmundas, y como el tosco bruto, igualmente se revuelca en el cristalino cauce, como en el hediondo desaguadero de una cloaca. Este asombroso fenómeno que vieran realizado en sus sábios los hombres que precedieron á la civilizacion cristiana, y del cual fueran testigos todos los siglos que han seguido á la publicacion del Evangelio en muchos hombres fanatizados en el error de las sectas, no tiene otro principio que la depravacion del corazon; porque el espíritu humano es naturalmente despejado y amigo de la verdad, y no puede ménos de palpar lo bello y sublime do quiera que se encuentre; mas si el corazon se halla entregado á sentimientos innobles; si está encapotado en la sordidez de la avaricia; si nada entre las espumantes olas de la ambicion; si se rebulle entre la fétida inmundicia de la lujuria, concibe tan impulsivas fuerzas, que arrastra tras de sí al espíritu, lo lleva como

á pesar suyo á los lupanares de la carne, lo precipita en ellos para que no mire ya á los objetos con quienes tiene analogía, sino á aquellos que son propios del bruto y de la carnalidad. Entónces ni Dios es el sér primero, origen de todo lo bello y sublime, principio de toda hermosura, fin de toda criatura, y única meta de las operaciones intelectuales y materiales del hombre; el ángel es una ficcion poética, el hombre un autómeta, la sociedad un conjunto informe de diferentes séres; todo queda degradado, todo envilecido, todo entra en un caos de desórden: en una palabra, la causa de los abusos que hace el hombre de su entendimiento, revestido desde el principio con las nitidísimas luces del cielo, es la corrupcion de la carne; todo hombre ántes de profesar el error, ha ofrecido su incienso á la inmoralidad, y ésta se ha absorbido todos los resplandores de la razon.

Vamos á tocar esta verdad tan de cerca, que tendremos una evidencia física y una certeza moral. Hay en el mundo un libro, reconocido como obra divina por los ingenios más sublimes que han dado á luz los siglos; sin él, nada supiéramos del origen del mundo y de los destinos del hombre; en él se nos revela la sabiduría, la providencia, la justicia, la omnipotencia de Dios; sus dogmas y preceptos son conformes á la razon; su moral es tan sublime y encantadora, tan pura y recta, que todo está manifestando que no es el hombre quien ha formado sus hermosuras, sino el dedo divino. En las primeras páginas de este volúmen sagrado consta un hecho: Dios cria al hombre y á la mujer á su imágen, y despues de entregarles el dominio de la tierra, «Creced, les dice, y multiplicaos, y llenad la tierra.» Mandato justo, noble y racional, que forma el primer eslabon de la cadena social entre los hombres, de su armonía con Dios y entre sí, de todo lo grande y sublime que debia tener origen en esta gran familia, oriunda toda de un solo hombre y una sola

mujer. Pues bien; el espíritu de libertinaje de la filosofía moderna ha tomado estas palabras en sus lábios impuros, y sirviéndose de ellas como de un instrumento belicoso, dispara sus tiros para desmoronar el edificio social que en ellas está fundado. «Vuestro único fin, dice á los hombres, es este mundo; el medio de gozarle es vuestra carne: entregaos sin reserva á todas sus exigencias; sed felices siendo carnales.» ¡Ah! ¡Horror causa el pensarlo! Apenas puede uno tomar en sus manos un libro de este siglo, sin encontrar publicados estos documentos de la sensualidad: apenas puede uno internarse en las reuniones, sin ver realizados estos falsos principios; y lo que más espanta es que la incredulidad ha conseguido que hoy se dude de todo, y al mismo tiempo toma en su boca las palabras divinas, las interpreta segun los elementos de su mente libertina, pretendiendo apoyar sus excesos en las palabras sagradas. Tal es el abismo á donde se arroja nuestro espíritu cuando se empeña en abusar de los dones de Dios.

Voy á entrar en esta gran cuestion. La lujuria ha sido en todas épocas la llaga de la humanidad; mas nunca ha sido desconocida su monstruosidad; pero en este siglo la gran meretriz ha sido revestida de púrpura y diadema; se ha colocado en sus manos la copa de oro; se le han ofrecido adoraciones, y sus excesos son el pecado mimado de los hombres. Pregunto, pues: ¿Cómo quiso Dios que subsistiese armónicamente la sociedad humana? ¿Cómo quiso que se perpetuase? Por medio de la castidad. Sí, una continencia saludable en unos, una castidad integérrima en otros, son las grandes bases sociales que publicó Dios cuando dijo: «Creced y multiplicaos, y llenad la tierra.» Y de estos principios debia seguirse la solidez y dicha de la sociedad.

Imploremos los auxilios del Espíritu Santo, saludando reverentes á la castísima María con las palabras del Angel:

AVE MARÍA.

Nada hay en el mundo que no esté sujeto á leyes eternas, sábias y justas, emanadas todas de la Providencia divina. Ni el sol se levanta de Oriente y trasmonta al Occidente, ni rueda perpendicular sobre el Ecuador, ni retrocede al tocar al trópico como rechazado con violencia, sin que una ley se lo imponga; ni la débil luciérnaga nocturna extiende sus sutiles alas é inflama sus ojos sino obedeciendo al mandato expreso del Criador, de quien lo ha recibido, sin poderlo conocer. No suben al cielo las aguas por medio de la evaporacion, ni caen sobre la tierra con fecundantes gotas, ni los montes abren sus fauces vomitando flúidos cristalinos y enviándolos á las llanuras para formar rios caudalosos, sino porque Dios dijo que todas las aguas se refundiesen en los mares, y con un contínuo movimiento las despidiesen y las recibiesen de nuevo. Sí; una ley inmutable sostiene la máquina del mundo; si no fuese así, si el fatalismo presidiese al gran conjunto de séres inanimados que vemos, la naturaleza no tendria equilibrio; el sol hubiera tropezado con horrendo fracaso con algun planeta, y se habria pulverizado, ó habria subido algunos grados más, y la tierra estaria envuelta en eternos hielos, ó habria bajado y estaria convertida en cenizas, ó los mares saldrian de su dilatado seno, y nos absorbieran. Para conocer esto, apenas es necesaria la revelacion; la razon sola del hombre se lo demuestra palpable; los efectos lo conducen con fuerza irresistible al conocimiento de esta verdad; no hay hombre que discurra y no lo comprenda, y el negarlo es un atentado contra las prerogativas del alma espiritual é intelectual. Todo está sujeto á leyes: hé aquí una verdad natural y divina. ¿Y sólo el hombre no las ha de tener? Cuando todas las leyes que rigen el mundo no tienen otro fin que la gloria del Criador y el bien del hombre; cuando el sol, la luna y las estrellas giran velozmente en el espacio para formar los tiempos, los años, los

meses y dias para el bien del hombre; cuando la tierra no es visitada por las estaciones, esterilizada en invierno, fecundada en primavera y colmada de frutos en otoño sino por el bien del hombre; cuando el bruto no vive sino para proveer al hombre de sus ricas pieles y sabrosas carnes, obedeciendo á una ley, ¿sólo el hombre no ha de tener leyes para su propagacion y conservacion? La humanidad, que, como todos los séres creados, ha salido de las manos de Dios sujeta á número, peso y medida, ¿no tendrá ley alguna para su propagacion, por la sola razon de que, á diferencia de los otros animales, tiene plena libertad para obedecer ó desobedecer á los mandatos de su Criador? Sería esto una quimera inconcebible; sería un absurdo. Realícese este absurdo, como han pretendido los hombres cínicos de la última escuela filosófica, y la sociedad humana se desplomaria por no tener equilibrio.

Para corroborar sus perversas máximas, confiesan los filósofos modernos un dogma; por más que quieran hacer á Dios el gran todo de este mundo; por más que inventen sistemas para la formacion de la materia; por más que quieran analizar las operaciones humanas y pretendan asemejar el hombre al bruto, separándolo gradualmente de aquellos animales cuyos instintos son más finos, hasta formar un contraste asombroso con los más estúpidos, forjando en su imaginacion calcinada el hombre natural ó selvático, el hombre social y el hombre religioso, siempre encuentran en el hombre una gran prerogativa que lo distingue esencialmente de todo animal, y lo eleva á una esfera superior. Es esta gran excelencia la libertad, único dogma que la filosofía defiende con calor y denuedo en la práctica, aunque haya querido enterrarlo entre las tenebrosas cavernas de sus teorías. Nosotros tambien profesamos ese dogma, y le damos el segundo lugar en todas nuestras grandezas en el orden moral; porque entre los más horrendos abismos, el hombre malo levanta su

frente altiva, y dice: «Nadie es causa de mis desgracias sino yo, pues libremente las he abrazado.» Y en lo más encumbrado de la gloria, al paso que rinde á Dios homenajes de gratitud por haberle dado su gracia, se congratula á sí mismo por haber usado bien de su libertad y merecido la corona de justicia. Sí; hay en el hombre una independencia intelectual, que no puede ser encadenada por algun agente criado, ni restringida por el mismo Dios, por haberse Éste comprometido á no violentarla jamás. Pero esta misma libertad tiene sus leyes peculiares, que son la pauta: junto con ella va la conciencia que le enseña al hombre prácticamente que esta accion es lícita, y la otra no, que le presenta un porvenir dichoso ó desgraciado, segun sus operaciones libres. El alma humana es un santuario donde resuenan á la vez la voz que le predica sus propias excelencias, y la que le intima los castigos y recompensas; la licitud ó ilicitud de sus actos. Nadie es capaz de ahogar estos gritos de la conciencia, pues han de vivir con robustez hasta que puedan deponer en pró ó en contra, en el tribunal del Juez severo de las acciones humanas.

Y esta voz interior que agita al hombre sin cesar para que no trastorne en sí mismo por los abusos de su albedrío el edificio de grandeza y gloria que Dios le prepara en un mundo invisible, ¿no se ha de dejar percibir, para que en este visible no se entregue á la licencia y desenfreno de las pasiones, so pena de incurrir en el crimen de querer destruir el gran equilibrio que pusiera el Criador en todas las cosas? Entremos por un momento en lo más íntimo del hombre carnal; veamos lo que pasa en su corazon y en su espíritu. Aquél se encuentra excitado por deseos innobles, que pretende satisfacer á todo trance; mas éste le despide saetas para herirlo y reprimir sus fuegos: éste ve en la carne el objeto que lo llena por entónces; mas aquel le dice que no puede poseer aquel ob-

jeto sino atendido á ciertas leyes. Si prescinde de ellas, comete un atentado contra Dios, contra sí, contra el objeto de sus inclinaciones y contra la humanidad, atentado que ha de ser castigado irremisiblemente; porque, discurremos conforme á razon y á derecho: el hombre, atendido á su libertad, perpetra crímenes contra la sociedad, y ésta los castiga, por ser depositaria de las leyes que Dios ha sancionado por medio de legisladores, enderezadas al bien comun: mas éste castigo no tiene lugar, si aquélla no fué ántes publicada con toda solemnidad. Pues bien: Dios ha sancionado desde la eternidad las leyes sobre la propagacion del linaje humano; Dios las ha impreso en el alma de cada hombre, y las ha publicado además á la faz del mundo. ¿Se creerá acaso que las palabras que fueran dirigidas á Adán y Eva cuandó Dios les dijo: «Creced y multiplicaos, y llenad la tierra,» son las primeras leyes que Dios sancionára para mantener el género humano en perfecto equilibrio? No; existian ya otras. Existian los preceptos de la ley eterna profundamente grabada en nuestro espíritu, y uno de estos preceptos decia al hombre: «No fornicarás.» Y por él se prohibia al hombre todo comercio con la mujer; toda union carnal era un crimen; y para que no lo fuese, el mismo Hacedor del hombre instituyó el santo enlace de éste con la mujer, enlace que obliga á ambos á abandonar á su padre y madre, y unirse á su consorte, para ser dos cuerpos en un mismo espíritu: *Et erunt duo in carne una*. No nos es permitido dar una explicacion de este y del anterior oráculo, cuando el mismo Jesucristo, este sábio Legislador é intérprete de las leyes de la humanidad, lo ha hecho. ¿Y qué nos dice respecto de aquélla primera? Nos enseña que si alguno fijase sus lividinosas miradas en una mujer, ya se hace en su corazon reo de fornicacion, y con esta exposicion del Legislador divino quedan prohibidos, no sólo los actos, sino las palabras obscenas y las miradas lascí-